

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Marín

Dib. MARÍN.—Madrid.

EL MORO.—¡Oh, la admirable civilización europea! ¡Mujera imitar paso camello!

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

11.

PON

12.—Los da mucha gente.

P II

13.—Charada.

—¿Has visto a *prima-segunda*, qué bien monta a caballo?

—Sí; lo hace un *tercia segunda*, al *ercia dos* y al *todo*.

14.—Para correr.

Judías
estofadas

Patatas
fritas

15.—De familia.

III
SERES



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

16.—Charada.

—Una *cuarta prima* se ha comido *segunda terciá segunda*, que estaba puesta en *segunda dos prima*, a *segunda tres cuarta* del fogón.

—No es eso lo peor, sino que ha tirado un plato de *todo* y lo he roto.

17.—Chopin, Mozart.

Juego I 1000 I Brillos
1000

18.—Charada.

—¿Qué es ese chico?

—Cadete.

—*Prima terciá* por el *tercia prima* que se da, que es algo *segunda prima*.

—Cosas de *todo*.

19.—Charada.

—Ese pollo de la nariz *cuarta segunda* ha venido de *prima cuarta* para dar una conferencia acerca del *prima dos tres*.

—Pollo y ese *tercia dos*... pues *todo*.



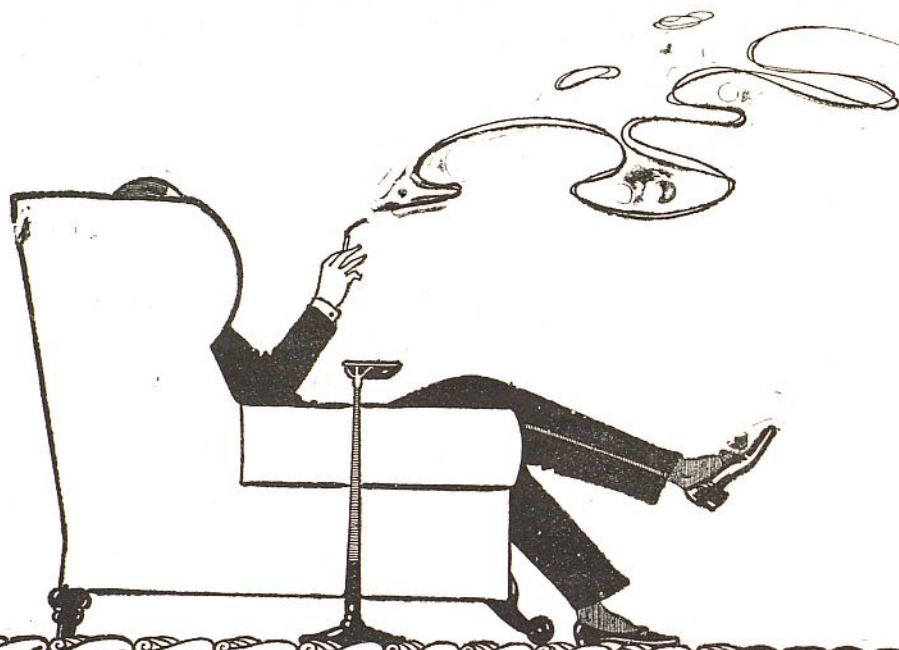
CREMA
Polar

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENTS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

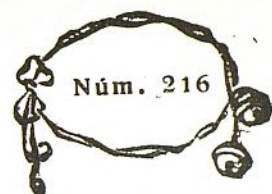
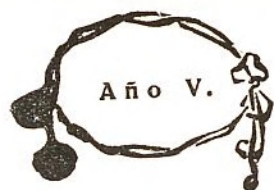
PERFUMERÍA GAL. MADRID

DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducida. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.

TUBO
2 pts

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.



SUCEDIDOS

LAS PALOMAS DE LA TIPLE



Los toreros y los cómicos suelen ser un poco fanfarrones, dicho sea en honor de la verdad y sin intención de molestarles. Lo mismo es salir de Madrid, donde son muy con-

tados los que obtienen verdaderos éxitos, que empezar a recibir ovaciones y homenajes, en esas plazas o en esos teatros de Dios. Y no hay tal cosa. O por lo menos, no la hay en la magnitud que ellos dicen y es preciso llamar al tío Paco para que venga con la consabida rebaja y deje los hechos en el lugar que les corresponde y la verdad en su punto. Todas esas orejas, rabos y demás desperdicios de casquería que los torerillos aseguran haber obtenido un poco más arriba de Villalba y un poco más abajo de Getafe, no existen más que en la calenturienta imaginación de los apoderados, como no existe más que en el respectivo puchero la mayoría de los laureles con que alardean haberse ceñido la frente, en las noches de beneficio, los cómicos de la legua. Y si algún homenaje efectivo hay—banquete con discursos, apoteosis con regalos—, lo más frecuente es que haya sido organizado, preparado y costeado por el héroe de la fiesta.

Hallándome yo de temporada en una población de Levante, fui testigo presencial de un hecho que demuestra la dolorosa y acerba engañifa de los homenajes. Había caído por allí una compañía de zarzuela, de la que era empresaria la primera tiple, una muchacha muy linda y con mucho dinero, pero sin voz, hasta el extremo de que el teropánico barítono aseguraba que no la tenía ni para llamar a su madre. Y lo peor no era la voz sino la madre, una señora gorda y ordinaria, con una sofabarba nauseabunda,

unos bigotes hombrunos y unos modales indescriptibles. Todo lo que faltaba de voz a la hija, le sobraba a la madre, y si a aquella no se le oía a dos pasos de las candilejas, ésta se hacía oír en todas las dependencias del teatro, siempre que hablaba, que era, o para dar una orden al avisador o para lanzar alguna grosería sobre el director de escena.

La temporada se deslizó lánguidamente, aunque en las gacillas de algún periódico de Madrid apareció brillantísima, y llegó la noche del beneficio de la primera tiple y empresaria. Justo es decir que el teatro estuvo más concurrido que de ordinario. En pal-

cos y plateas «se había dado cita lo más selecto de la buena sociedad», según frase tradicional e idiota de los noticieros provincianos.

Se representó *La alegría de la huerta*—muy en consonancia con el ambiente local—y *La corte de Faraón*. En la primera, se lució el tenor serio y en la segunda metió la patita el tenor cómico, que al llegar el garrotín, exclamó reiteradamente:

«Cuando te miro el cogote,
el nacimiento del pelo,
me se sube, me se sube, me se baja...»

A pesar de todo, hubo aplausos abundantes, y cuando terminó la fiesta, mientras la heroína, entre subidas y bajadas del telón, saludaba rendidamente al público, enviándole besos y echándose mano al corazón, y el conserje del teatro avanzaba a lo largo del pasillo de butacas arrastrando un ramo de flores que parecía una carga de hierba—las flores son baratísimas en aquella hermosa región—, desde los palcos segundos del proscenio, unos señores que no eran vecinos de la ciudad, arrojaron unas cuantas palomas adornadas con cintajos y lacitos, las cuales revolotearon durante unos minutos por la sala, yendo al fin a posarse, unas sobre las barandillas de las plateas, otras sobre el escenario...

Terminó la gloriosa jornada, se apagaron las luces y el teatro quedó vacío de espectadores. En aquel momento, todo en silencio ya, se oyó la voz estentórea y ronca de la madre de la tiple que iba gritando como una loca por los pasillos:

—¡Avisador! ¿Dónde está el avisador? ¡González! ¡González! ¡Que no hay más que cinco palomas! ¡Que falta una! ¡Que compré media docena!



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

NUEVAS QUISICOSAS

I

Al pie de la letra.

En un hotel de esta villa
pidió mi amigo Quintana,
tras de una buena tortilla,
langosta «a la americana».
Y se la dieron al pobre;
porque el camarero infante
vertióle un pedazo sobre
su americana flamante.

II

Carta bovina.

Bastos, el sabio doctor,
acaba de comprar una
chotita, que es superior
para inyectar la vacuna.
Y el jugador Juan Mamey
ha dicho al verla: —¡Canastos!
¡Muchísimo más que un rey
vale la chota de Bastos!

III

El chico de la fragua.

—¿Conque es tan buen barítono Sotero,
hoy mozo de un herrero en Villarroca?
—¡Hombre de porvenir le considero!
¿quién mejor que un herrero
para hacer el *Scarpia* de la *Tosca*?...

IV

Como aquel rubí...

Una criada tomé
llamada Gala Quirós.
que siempre tacaña fué.
¡Hoy me han servido un bisté
partido por Gala en dos!

V

Una letra de menos.

El hallar una errata me revienta
y ayer en un periódico vi dos:
una en un suelto vi que daba cuenta
de que había cogido un tal Arbós
su pistola, y al pobre Casimiro.
jugando con el arma, le dió un tiro.
Y acababa después diciendo esto:
«El jugar con las *amas* es expuesto.»

VI

Otra errata.

En una fúnebre esquela
publicada el otro día
nombrado el muerto venía
y luego, su parentela.
Todo lo ví con cautela,
y en su sitio natural,
esto ponía formal,
(¡oh, errata morrocotuda!);
«Su *desencolada* viuda
doña Fulana de Tal»...

VII

El ama ingenua.

—Me tiene siempre en jaque don Marcelo—
decía el ama fiel de un señor cura—
pues el día que no me mancha el suelo
o me rompe la negra vestidura,
el azúcar o el vino me derrama.
Pero hay algo peor, y es que, por tema,
el bueno del señor fuma en la cama
¡y todas las camisas me las quema!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

BOCHORNOSO RECUERDO DE UN DIA DE REYES

Advertencia previa muy importante.
Las presentes líneas son desmoralizadoras y a mi juicio, no deben ponerse en todas las manos. Que los padres de familia las aparten de las de sus hijos y que sus hijos las huyan, dándolas por terminadas al justo pie de mi advertencia.

...

El día 2 de enero de un año ya lejano, mi amigo Tinito me preguntó:

—¿Has escrito a los Reyes?

Estábamos los dos sentados en un banco de la plaza de Lepanto jugando distraidamente con las piedrecillas del arroyo.

No respondí.

Pasaron unos minutos y Tinito inquirió de nuevo:

—¿Has escrito a los Reyes? Yo sí —adujo— hoy mismo he echado la carta.

Le miré fijamente; me cercioré de que nadie me oía sino él, y repuse:

—Tú eres idiota.

Con suavidad evangélica, musitó:

—¿Por qué?

Me dí a buscar un argumento que calmase su natural curiosidad sin abrirle los ojos al prosaismo del desengaño y no hallándolos, afirmé sencillamente:

—Porque sí.

Callamos de nuevo.

Yo sonreía con una demoledora sonrisa volteriana. Ya por aquel entonces, mis cinco precoces años, se revelaban contra el mito de los magos.

El me miraba intrigado y absorto.

Al fin prosiguió:

—Les he pedido un rompecabezas de los grandes, un triciclo y una caja de bombones. ¿Crées que me lo traerán todo?

—¡Quién sabe...! —insinué.

Condensado sus merecimientos y sus esperanzas en una sola frase, expuso:

—Estos días me he portado muy bien...

—¿Sí?... ¿Estás seguro?... —contesté.

—Seguro.

—Veamos.

Burlonamente, me dispuse a escuchar sus cuitas.

Abandoné, por unos instantes, las piedrecillas con que jugaba e inquirí:

—¿Has obedecido a tus padres?

—Sí —afirmó, tras una breve vacilación.

—¿Lloraste mucho?...
—Hombre... algo, algo, desde luego, pero no mucho. Fruncí el ceño.

—¿Tienes remordimientos?
(Yo no sabía lo que era tener remordimientos. Igual pregunta me hacía siempre mi madre al reprenderme. Yo la reproducía a ciegas, sin alcanzar su significado.)

—¿Tienes remordimientos?—insistí.
—No —repuso azorado Tinito buscándose en los bolsillos—. Los remordimientos, ¿dónde se tienen?

Decidido a no confesarle mi ignorancia y sentenciosamente, definí:

—Más arriba del estómago.

Suspiró envidioso:

—¡Cuánto sabes!...

—¡Bah!, poseo una cultura superficial —murmuré esquivando sus elogios. Y cercené en raíz la devota admiración en que me envolvía, como a ser superior, con una indagación trascendente:

—¿Cuántas veces orinastes en la cama la semana última?

Bajó la cabeza confundido. Secreta intranquilidad alteraba la paz de su espíritu.

—Responde, Agustín, responde. ¿Cuántas veces te orinaste en la cama la semana última?

—Siete —confesó.

—No son muchas —comenté con la benévola indulgencia para aquel pobre pecador, propia del que también lo fué en sus tiempos, y grande.—Ahora bien, concreta.

(Medité dos minutos buscando la manera elegante de expresar mi escabroso pensamiento y al cabo de ellos, dije):

—¿Sólo orinaste?...

Sobrevino un horrible silencio.

Cafía la tarde. Un vientecillo helado azotaba nuestros rostros obligando al sargento de zapadores, en relaciones con mi criada, a sentarse más cerca a ella que de costumbre para que el calor de su grata proximidad mitigase las inclemencias del crepúsculo invernal. Iban quedando el jardín solo y en sombras. Un pájaro rezagado volaba al nido...

—Concreta, Tinito, concreta. ¿Orinaste nada más? —exigí.

Nada replicó.

Sus ojos se clavaron en los míos desoladamente abiertos. Sus mejillas se tiñeron de púrpura, la púrpura que el Sol prodigaba generoso, al ponerse sobre las cumbres de la sierra lejana...

Sus manecitas se crisparon...

Quiso hablar y no pudo.

Y se arrojó en mis brazos sollozando...

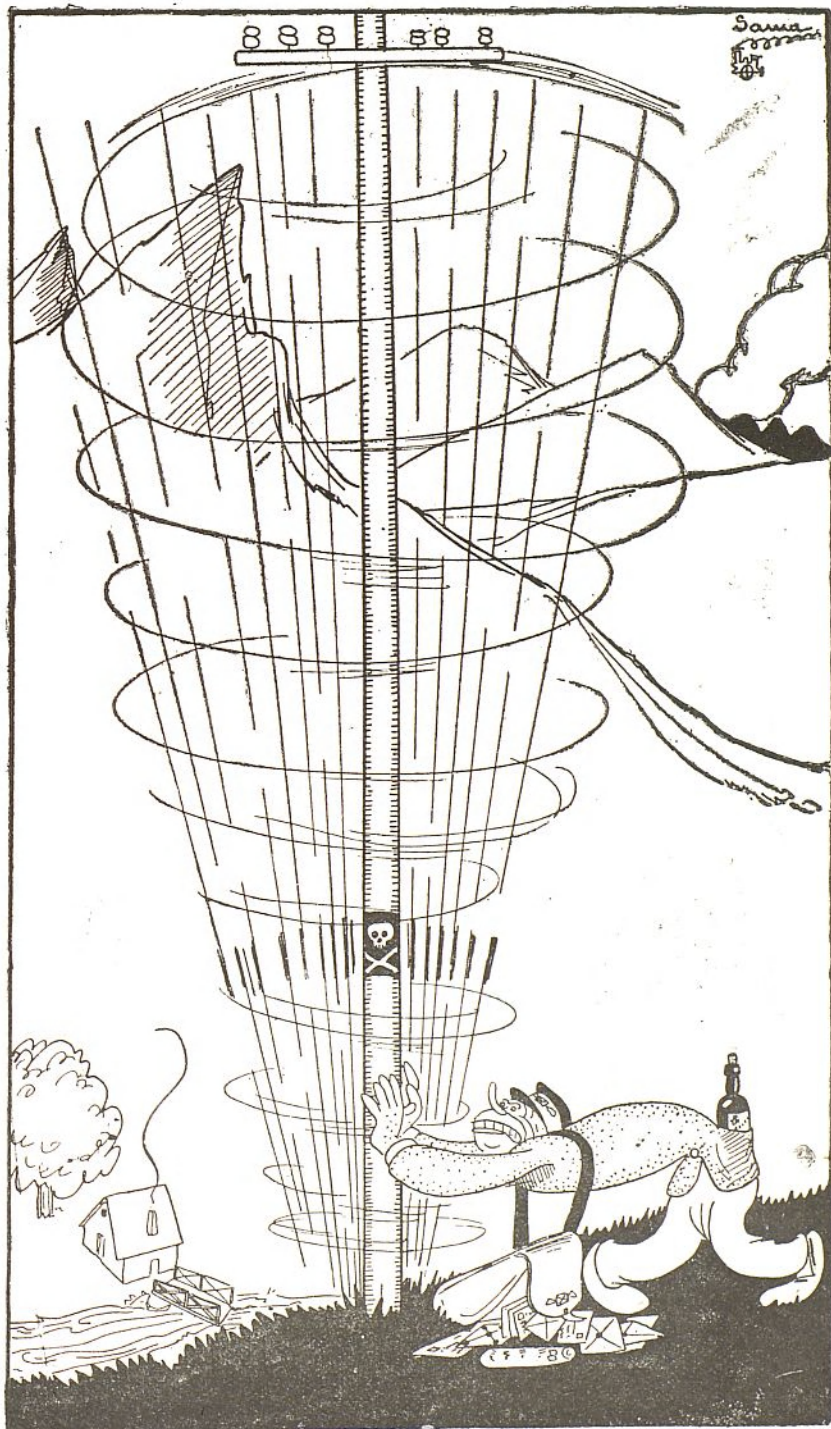
■ ■ ■

Penitencia final. —Así me burlé, satánicamente, en mi infancia, de la ingenuidad conmovedora y envidiable de uno de mis amigos de aquel tiempo.

Hoy —fecha que resucita en mí tan vergonzoso recuerdo— quiero, al evocar, no enclaustrar dentro del recinto de mi conciencia aquella evocación, sino hacerla pública, para que, como

merecido castigo a tanta iniquidad, sufra mi memoria las indignadas condenaciones de cuantos me lean.

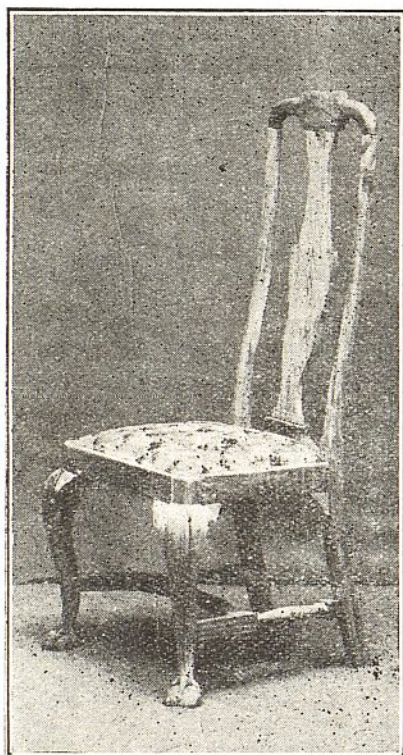
JOAQUÍN CALVO SOTELO.



Dib. SAMA.—Madrid.

EL CARTERO BORRACHO.—¡¡Ahora comprendo eso del giro telegráfico!!

ACTUALIDADES DE "BUEN HUMOR"



JOYA ARTÍSTICA

Silla de cuatro patas y respaldo en la que se sentó Napoleón a descansar el día que aprendió a bailar lanceros con unos coraceros. Al acabar la lección, Bonaparte murió en cólera, porque no conseguía bailar con soltura. A consecuencia de ello, en Francia conocen esta silla con el sobrenombre de «silla de montar», de montar en cólera. Se conserva en un museo de Piedrahíta.



FOTOGRAFÍA DEL DÍA (del día 22 de diciembre).

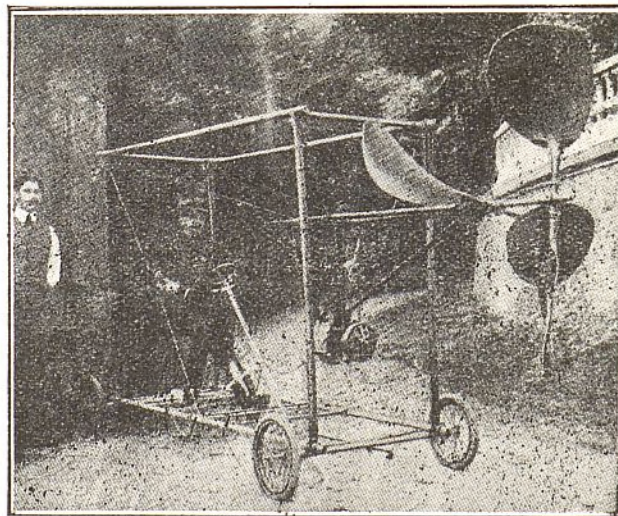
Retrato de los cuatro señores que han sacado este año las bolas en el sorteo de la Lotería Nacional, cuando tengan cuarenta años. Detrás, y de pie, el fakir Blacaman.



EL CRIMEN DE AYER

Terrible y emocionante momento en que Asunción López se adelanta cautelosamente para asesinar a su hermanita Julia.

(Fotografía tomada detrás de una cortina por nuestro activo reporter fotogénico Sr. López, hermano también de la víctima).



LOS GRANDES INVENTOS

Vista parcial, porque si decimos que es parcial van a protestar los patriotas, del gran invento francés conocido por el «Coleóptero». En la foto se ve a monsieur Héctor de Fervarac en el momento de ahuecar el ala con su gran aparato en el aeródromo de Lemonier. Minutos después, y aunque parezca imposible, monsieur Fervarac caía al suelo con un aparato mayor todavía, de donde se deduce que el «Coleóptero» crece en el aire.



D. b. Mel. — Madrid.

—¡Vamos que me paice que usté desagera!.. ¡Mia que decir que con esa latica de agua t'è bastante pa cuarenta caballos!...

P A T R A Ñ A S

El verdadero precursor de la aviación.

Se discute constantemente quién fué el verdadero precursor de la aviación. Se encuentran en el pasado inventores de globos, de globitos, de alas con las que se lanzaron por el balcón de su casa matándose unos y otros quedándose suspendidos de un árbol o sobrenadando en el agua de un río próximo.

Cada país ha tenido un volador diferente, un hombre o un niño, pues cuando se ven perdidos con la falta de ese antecedente, recurren al recuerdo de un niño que se tiró una vez por una ventana.

Yo he leído todas esas historias, he repasado los curiosos catálogos de la aviación, he recortado de los periódicos dedicados a la curiosidad todo lo referente a globos y aviación. Mi biblioteca en esa materia es completísima, pero no sé por qué sospecho que hay por el mundo muchos más maníacos de este tema, quizás tantos como de la filatelia. Gente redentaria toda que nunca piensa volar pero que admira mucho los vuelos o que quizás en su fuero interno se prepara para el vuelo último y definitivo.

Ahora bien, voy a chafar todas las historias, voy a incompletar todas las colecciones, voy a crear el cisma. El verdadero precursor de la aviación no es ninguno de los que se han presentado, sino un modesto cocinero del siglo xiv.

Ya sé que habrá quien me objete que en el siglo xiv no había cocineros. Pero esa es una opinión inadmisibla.

Estando guisando un cocinero del siglo xiv —dice la crónica que he encontrado en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional— se le voló el gorro hasta el techo de la cocina catedralicia del Palacio. Todos los pinches, su milleres y mayordomos se quedaron con la boca abierta y creyeron que el gorro estaba encantado. —¡Una brujería! ¡Una brujería!— comenzaron a gritar con tales gritos que acudieron todos los invitados a la gran cena que se preparaba.

El gorro había comenzado a descender y pudo ser reconquistado de nuevo por el cocinero que lo había visto volar.

Todos se asomaron a sus pliegues por ver si tenía algo dentro, pero un hombre de ciencia que había estado meditando en un rincón de la estancia se adelantó y tomando el blanco y bufado gorro en su mano, dijo.

—He aquí, el primer conato de una cosa que revolucionará todo el porvenir...

A este gorro le ha hecho ascender el humo que se ha ido colando en él en la proximidad de la gran fogata de esta cocina maravillosa; nada de brujería... En el futuro, unos hombres intrépidos subirán a los cielos en la cestita que se colocará suspendida de un gran gorro de cocinero que inventarán y que llenarán de un humo más sutil que el de la encina.

La gitana de las casas.

Se necesita una gitana de las casas. Subirá sigilosa por las escaleras y llamando discretamente a los timbres deberá decir a través de los visillos en voz muy baja para que no se entere la portera.

—Señorita... Vengo por si quiere que eche la buenaventura a su casa y le diga cuando se va a derrumbar.

Es necesaria esa zahorí de los inmuebles, pues es un misterio inescrutable hasta para los arquitectos, los jefes de bomberos y los inspectores de los Ayuntamientos, ese misterio de cuándo se va a caer una casa con fracaso de inquilinos, muebles y chucherías.

Van a suceder tan a menudo esos derrumbes, en un porvenir no remoto, que esa gitana previsora podría ser de una gran utilidad.

La única videncia de esa catástrofe terrible, estará en ese canturreo fiel de las gitanerías... Y hacia mil novecientos veintiocho, se hundirán los tabiques y techos de tu casa, resalada... Moriran bajo los escombros, tres churumbes... Los técnicos dirán que la casa no amenazaba ruina y la portera declarará que ha tenido la culpa el vecino del segundo que acababa de comprar una pesada pianola.

La enfermedad de don Mermen.

Don Mermen tenía ya ciento cinco años y estaba fuerte y saludable. To-

dos sus herederos se habían muerto, muchos suicidándose en medio de la mayor desesperación.

Solo, coleccionador de fototipias a través de su larga vida —tenía tres millones y pico— hacía comidas muy frugales que coronaba con una guinda en aguardiente.

Los que le conocían achacaban a esa cotidiana guinda en aguardiente el secreto de su longevidad y con la ambición de vivir más aún que don Mermen y por si una sola guinda en aguardiente no era bastante para su naturaleza, se tomaba tres, cuatro, seis y en días especiales, doce guindas en aguardiente.

Pero don Mermen se puso enfermo con una enfermedad que los médicos no acertaban a diagnosticar.

Como era hombre riquísimo y era dueño del Teatro Dramático, allí se reunieron en consulta los mejores trescientos médicos de la ciudad. Nunca se había celebrado una consulta tan numerosa, pero por eso acabó en «mitin» y no se pudieron aprobar las conclusiones por el escándalo que se armó.

Don Mermen seguía enfermo, en una postración sin límites, como momia palpitante de lo que había sido. Sólo un doctor de imaginación encontró un camino para hallar algún alivio para aquel mal: llamar a un egiptólogo.

Se llamó al egiptólogo inmediatamente. Se le ofreció un viaje a Egipto con todo pagado con tal de que diagnosticase a aquel enfermo, y el egiptólogo protestando de su inocencia en cuestiones de medicina, se dirigió a casa de don Mermen.

Ante el enfermo no pudo menos de exclamar:

—¡Y cómo se parece a Rasures Segundo!

Después le recomendó los polvos y líquidos con que se devuelve cierta frescura a las momias secas desenterradas y mandó que le sirviesen el menú que se sirve a los enterrados en las tumbas faraónicas y se le dejase solo durante cinco días, completamente solo, clavando la puerta de la alcoba.

A los cinco días al desclavar la puerta, don Mermen estaba pegando fototipias en su álbum número trescientos y se había comido y bebido todo el copioso banquete de los muertos.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

CLEMENTINA QUEMADES. TARRAGONA. Las ojeras se fingen perfectamente con corcho quemado, señorita Quemades. Por tanto, si quemades un corcho y os frotáis concienzudamente, tendréis unas ojeras que serán visibles desde Marte. Lo malo es si a su señor papá le huele la cosa, en vez de a corcho quemado, a cuerno ídem y cae en la cuenta de que usted se quiere hacer interesante al dependiente de tejidos a quien me alude en su carta. Procure, por consiguiente, que la ojera que usted anhela no se convierta en ojeriza del autor de sus días al frenético hortera susodicho.

LUCAS GÓMEZ. PINTO.—Le han timado a usted ignominiosamente con ese anuncio. Dar trescientas pesetas a un desconocido porque le proporcione un empleo, es una necesidad pekinesa. ¿Que usted las dió por ver si conseguía estar empleado? ¡Conformes! ¡Pero le está a usted muy bien empleado que no le empleen!... Hay que convencerse de una vez, amigo Lucas: ¡esos socios lo único que emplean bien es el dinero que extraen a los idiotas como usted!...

CEFERINO SOLDEVILLA. MADRID.—Usted hace muy mal en sospechar de su esposa. Una señora que, según usted me confiesa, pesa noventa y ocho kilos, es imposible que sea una mujer ligera.

En lo que ya estamos más de acuerdo es en lo que me asegura usted al final de su misiva: que le pesa el haberse casado. ¡Naturalmente! ¡Le pesa a usted noventa y ocho kilos, y eso no lo resiste ni Maciste!

PEDRO LANUZA. VALLADOLID.—O le han engañado a usted o le han querido gastar una broma con esa especie. Tolito no ha comido jamás ropa vieja. Asegurar eso, sería tanto como decir que don Tolito se come los codos, acto poco gallardo del que no le consideramos capaz.

LUCIANO MARTORI. CUENCA.—¿Usted afirma que aquí no podemos tener contestación para todo y, con el fin de ponernos en ridículo; nos pregunta humorísticamente que si sabemos de un ave que no vuela? ¡Pues bien, le va-

mos a apabullar a usted!... ¡Sí, señor, sabemos de un ave que no vuela!

El pollo asado.

ARNOLDO CARRETERO. BARCELONA.—Contra lo que usted supone, hay muchas personas a quien no les ha tocado la lotería ni una sola vez.

Por ejemplo, ni Loreto Prado ni Bergamín han sido agraciados nunca; y le damos cuatro duros al que nos demuestre lo contrario.

RAMÓN POLANCO. MADRID.—Tiene usted razón. El simple cambio de una letra, de una coma o de un acento puede variar la esencia de las cosas de un modo que le deja a uno estúpido de asombro. Por ejemplo, la expulsión de los judíos es un hecho histórico que revolucionó al mundo, y la expulsión de las judías no pasa de ser un hecho corriente que no revoluciona a nadie, más que al interesado. Si escribe usted la frase *Juan tiene hambre* y la acaba con un punto, no sucede nada; y, en cambio, si después de decir que el hambre de Juan es espantosa pone usted *coma*, Juan lo agradece y se

atraca como un bestia. Y, finalmente, la palabra *atalán* lleva acento, ¿verdad? ¡Pues ponga usted un *atalán* sin acento, y le levantan a usted una estatua por haber descubierto la maravilla más grande del siglo!...

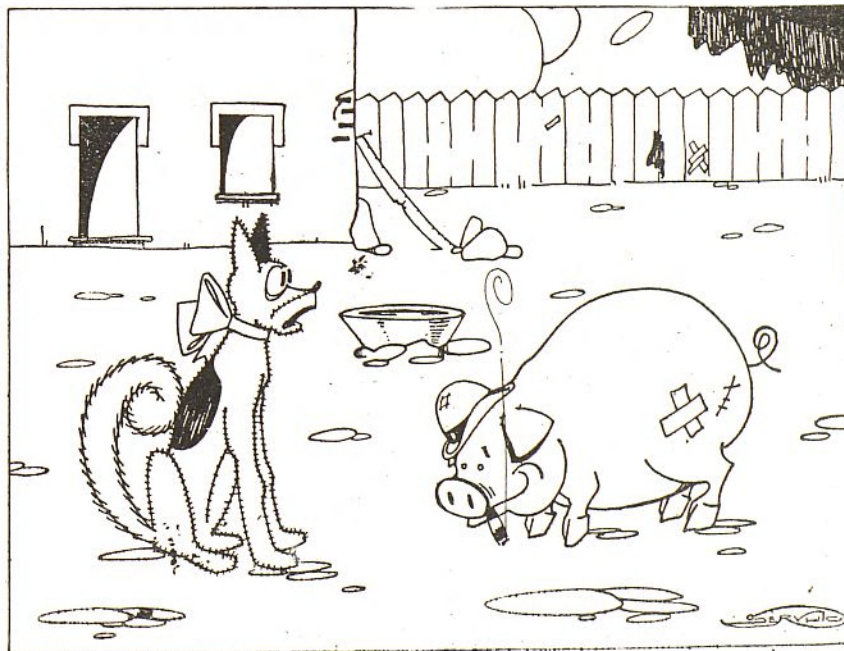
LUISA CARDUCCI. BUENOS AIRES.—Los sacerdotes austriacos llevan las coronas en los bolsillos y las coronillas en las cabezas.

BENITO PICAVEA. VALENCIA.—El árbol más amable que conocemos es la palmera. La decimos: ¡*Vengan esos dátiles!* y nos los alarga sin discusión.

RUPERTO CENARRO. BILBAO.—Nos llena de pesar el drama amoroso que usted nos da a conocer. ¡Ahí es nada! Tener una novia con un magnífico pelo castaño, y verla, por consecuencia de una grave enfermedad, quedarse calva (estilo *Gallo*). ¡Sí, señor, es un drama! ¡Y no sería ninguna estupidez ponerle por título *La castaña pilonga!*...

Porque es que no tiene otro...

ERNESTO POLO



CASO DE DIVORCIO

Dib. Servedio.—Badejox.

EL PERRO.—¿Y por qué se ha divorciado usted de su mujer?
EL CERDO.—¡Porque es una gorrina.

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS.

En El Reina Victoria.
«La Boda de Quinita Flores», por los Hermanos Quintero.

La Boda de Quinita Flores nos demuestra que hacemos malísimamente al indignarnos con los novios que toman las de Villadiego de pronto y que cometemos una candorosa y precipitada imprudencia cuando compadecemos a las novias que se quedan compuestas y sin cónyuge.

A Quinita le acaece esta desgracia. Se va a casar; está ya vestida de novia; deslumbrador el oratorio, preparado el reclinatorio, llena la casa de invitados; hasta escrito el Soneto del Cronista poético de la ceremonia, y resulta que en el momento crítico (crítico tenía que ser para que no fuera abominable) no llega el novio; se ha fugado. Cuando va la novia estaba con el pie en el estribo de la boda el otro pone el pie en el estribo del rápido y se marcha.

El golpe es, realmente, de los que tambalean. Quinita Flores se queda, no compuesta y sin novio, sino, al contrario; sin novio y descompuesta. Naturalmente. ¿Qué hacer ahora con los invitados, con el lunch, con el Soneto, con el azahar? El azahar se le beberá seguramente en cuanto caiga el telón y acabe el primer acto; pero ¿qué hará con lo demás? ¡Esa es la cosa! ¿Qué hará sobre todo con la ilusión de la vida, con la fe en el Amor, con la confianza en los hombres ante una acción como aquella, deliberada, más que liberada, y desamortizable por completo? ¡Ella que, dos minutos antes juraba y perjuraba a su hermano que su próximo futuro era canela, resulta, dos minutos después, que era vainilla.

Se le cae la vida; se le viene todo abajo y se queda para vestir imágenes, imágenes poéticas que suelen ser del tono elegíaco y parecidas a éstas: «Mi vida es un erial»; «Mi corazón se ha secado»; «Soy un muerto que anda»; «Se me han roto las alas»; «Ya ni en la paz de los sepulcros creo».

La cosa no es para menos y cualquiera, poniéndose en su caso, acaba por creer que es cierto todo aquello.

Pero... ¡sí, sí!... ¡Menudo chasco! La joven Quinita se va a recorrer mundo porque, como ya se sabe, toda persona que pierde la ilusión adquiere un quilométrico. Lo que habrá ganado el turismo en este mundo, gracias a las contrariedades amorosas, no es para

dicho. Quinita por no ser menos toma el tren y va a parar a un Balneario de aguas para el hígado.

Allí conoce a un amigo de su hermano y en menos de veinticuatro horas, queda curada, transformada, enamorada y... casada. Así como suena. Las cosas en caliente; y como por lo visto son termales las aguas de aquel establecimiento y no puede decirse nunca «de este agua no beberé», se bebió Quinita, sin duda, algunas copas y la pusieron térmica, térmica hasta el punto de que pasa la noche sin pegar un ojo pero negando la hebra con el joven y a la mañana siguiente, a poco de amanecer, se casa con el nuevo joven por sorpresa.

Casamientos por sorpresa no habrá; pero sorpresas por casamientos, ¡caracoles! Y ¡eso que no creía ni en la Paz famosa!... En quien no debemos creer es en Quinita y en los desengaños y en las exclamaciones elegíacas.

Y todavía se indigna con el primer novio cuando se presenta en el tercer acto a decir que le perdonen: todavía le trata con desdén. ¡Pequeño favor que la hizo!

Este es mejor que el otro, sin duda. Santiago Artigas es buen mozo y tiene un talento fenomenal como para llevarse de calle, no digo a Quinita, a todo un público. Hoy por hoy no podía haber pareía más cabal, más adecuada que la de Santiago Artigas y Quinita, representada ésta por Josefina Díaz Artigas. Si él es bueno, ella es mejor; si ella es buena, él, no digamos. Gracias a esta unión se habrán ellos asegurado la felicidad en este mundo y habrán asegurado a la escena contemporánea una pareja como pocas. ¿No es de agradecer, pues, que el primer novio se fugara y diese así ocasión a que se presentara el segundo?

Sí, ¡óvenes, sí! las que tal vez estéis en este instante bajo el peso de alguna mala partida vestéis recitando lo de «mi vida es un erial». «Ya para mí se acabó todo»... acordaos del caso de Quinita Flores: los zánganos se van pero las Flores quedan y otros zánganos vuelven. Id a un balneario de aguas termales para el hígado y ya veréis como el corazón se cura sólo...

En Eslava: «Susana tiene un secreto» por G. Martínez Sierra y Honorio Maura

Susana tiene un secreto: es sonámbula; y, una noche de verano, estando

en el Hotel Cristina, de San Sebastián se levantó de la cama, dormida, y entró, también dormida, en otro cuarto de un caballero, sin duda, pues a la mañana siguiente, al despertar en un lecho que no era el suyo, en una habitación que no era la suya, vió sobre la butaca unos pantalones de hombre y un *smoking*, y, sobre la mesilla de noche, un puro.

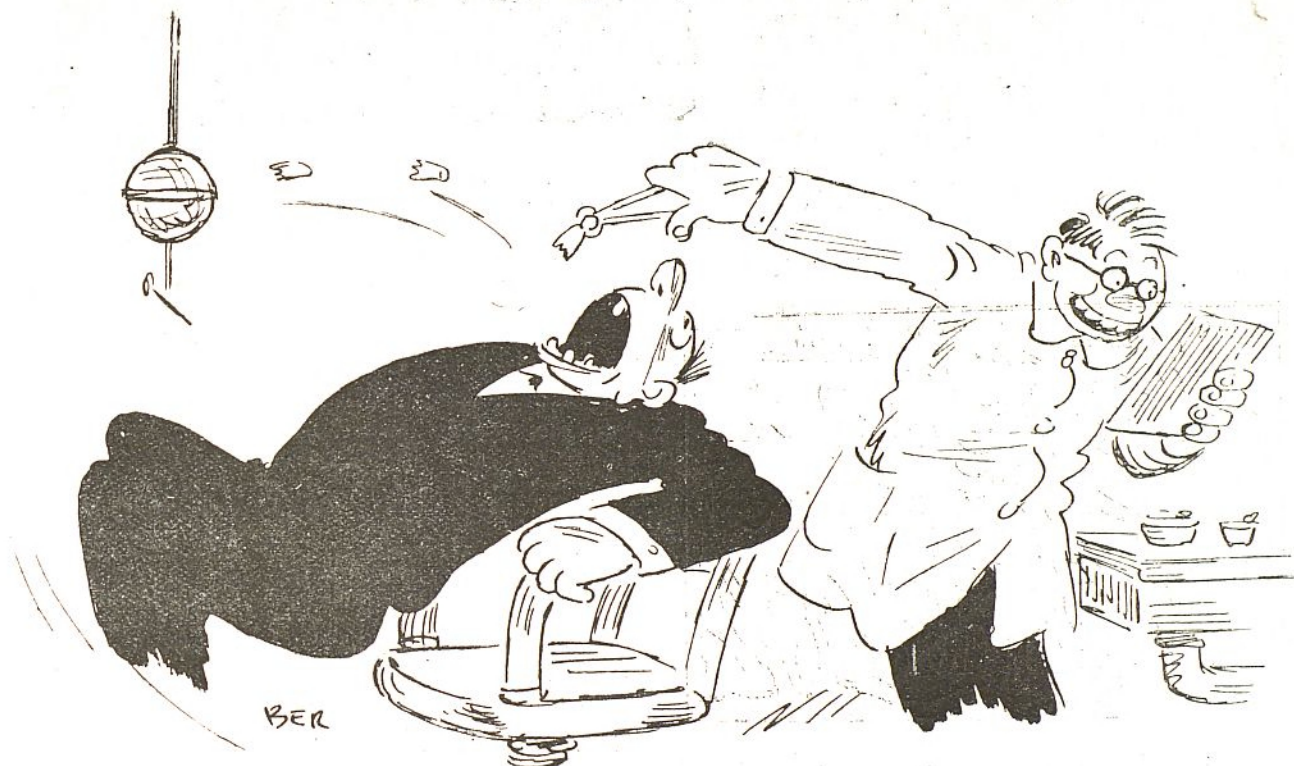
¿Qué había pasado allí? ¿Hasta dónde puede llegar el sonambulismo de ciertas personas dormidas y el atrevimiento de ciertas personas despiertas?

Ese es un secreto que no tiene Susana. Si lo tuviera, menos mal: sabría a qué atenerse. Pero el caballero que está en el secreto se lo calla, pérfidamente, para que ella se ponga en lo peor y ante tal posibilidad renuncie a su boda en provecho y se decida a sustituir el contrayente, poniendo en lugar del primero... ¿a quién ha de poner? al habitante del cuarto 326 del Hotel Cristina: al hombre que está en el secreto; al poseedor de los pantalones, del *smoking* y del puro a medio fumar.

Este es el caso. Susana ha emprendido en sueños una expedición nocturna que algunas, también en sueños, quisieran emprender, y que algunas otras emprenden desde luego sin soñar ni dormir, sino, por el contrario, abriendo bien los ojos. El refrán que dice «Cuando una puerta se cierra, otra se abre», debe, sin duda, de haber sido inventado por algún camarero de hotel o por algún sereno de fonda. Las hay y los hay sonámbulos y, aunque no son todos tan sonámbulos como Susana, tienen en cambio su secreto mejor que Susana. El caso de esta muchacha es muy otro. Las peripecias que le acaecen son honestas aunque maliciosas y toda la comedia a que da lugar su «caso» constituye un modelo de comedia ponderada y de diálogo ameno, juguetón, de finísima travesura y de ingeniosa buena ley.

Recordemos elogiosamente a Catalina Bárcena y a todos los demás intérpretes, incluso Burmann, intérprete escenográfico excepcional; pero citemos muy especialmente a Rosita Díaz Gimeno y recordemos las palabras de Enrique Díaz Canedo: «Si hace otro papel tan bien y no lo hace de la misma manera, se pondrá sin duda en primera línea».

MANUEL ABRIL



EL DENTISTA ENAMORADO

(Dib. BERGSTROM.—París.)

—¿Me ama...? ¿No me ama...? ¿Me ama...? ¿No me ama...?

EL FERROZ RUGGIERO

Voy a contaros la historia de Sinibaldo Ruggiero, el conspirador terrible, el indecoroso ateo, el comunista indecente, el ácrata sempiterno, el agitador cochino, el furibundo blasfemo que allá por el año doce fué el temor del mundo entero y en particular de Nápoles, patria de tan gran mastuerzo, que le vió nacer sin gusto y le vió morir sin duelo. Ruggiero en sus mocedades fué un pollo aplicado y serio cuya letra redondilla asombraba a los maestros y cuya enorme memoria le valió frecuentes premios y no pocos macarrones como pago a sus desvelos. Mas, cuando a los trece años, salió por fin del colegio y de alumno aplicadito pasó a ser tremendo obrero, operóse en su carácter un cambio que daba miedo pues se volvió faciturno,

silencioso y flatulento. Quizás lecturas protervas, tal vez villanos consejos, acaso malos amigos, pudiera ser que dinero, transformaron a aquel chico en el anarquista horrendo que ha meditado más crímenes en este inmundo Universo. El oficio que escogió Sinibaldo era siniestro, ya que, en su afán de catástrofes, pidió plaza de bombero y la obtuvo en cierto Parque que no importa a nuestro cuento. La historia nos asegura que ser bombero Ruggiero y menudear en Nápoles los formidables incendios fué cosa de pocos días, pero nadie cayó en ello. Al contrario, hay quien sostiene que en su oficio fué el primero en llegar a los lugares de más peligroso riesgo y en meterse entre las llamas con desprecio de su cuerpo para salvar a una viuda, a un usurero o a un perro.

Lo cierto es que, fuese o no idóneo como bombero, como anarquista fué un tigre sanguinario y deletéreo, que mató más que Belmonte aunque por menos dinero. Y un día en que demostró su proceder, cayó preso y fué juzgado en seguida y condenado muy luego, como reo de política, a un leve fusilamiento. Llegó el instante fatal y fué llevado Ruggiero ante el cuadro de la tropa encargada del jaleo. Le apuntaron los soldados, el capitán gritó: ¡¡fuego!! y Sinibaldo al oírle echó a correr cual conejo y este es el momento, amigos, en que Ruggiero no ha vuelto... Si, bomberos, fusiláis hacedlo siempre en silencio. Gritar ¡¡fuego!! es exponerse a que crean que es que hay fuego y a que corran a apagarlo ¡y si te ví, no me acuerdol...

SOTERO L. PEON.

Decoración: El triclinio, «salle a manger», comedor o como ustedes quieran denominarlo, que tenía en su palacio de Cumas (Campania, Italia) el gran poeta Cayo Petronio, árbitro de las elegancias, satírico, millonario y lujurista.

La escena, puesta con un lujo trepidante, pues ya es sabido que Petronio vivía con un fausto que el de Goethe era un cuplé. Nos encontramos en las postrimerías del Imperio de aquel apoplético idiota que se llamó Claudio Nerón.

Al comenzar la acción, se hallan comiendo los cónsules y augustales Licinio, Vatínio, Pisón, Senección, Sexto Africano, Eupio Marcelo y Aquilio Régulo. Preside la mesa Petronio, que tiene a su lado a Eunice, una esclava que le amaba hasta la epilepsia y que además tenía una belleza de las de «vaya usted con Dios, Niceforo!». Varias damas exentas de vergüenza, animan el banquete con sus provocativas y sedosas semidesnudeces. Esclavos, citaristas, etc.

Empieza la acción. Petronio se muestra obsequiosísimo con sus invitados.



PETRONIO. ¿Una pata de pollo?... ¿Una aceituna?...
PISÓN. Dámela a mí, que no tengo ninguna.
PETRONIO. ¿La quieres deshuesada, o bien con hueso?
PISÓN. Tú dámela y no te ocupes de eso.
LICINIO. (A voces).—¡Más vino!
VATÍNIO. (Molesto).—¡Este Licinio cuánto chillá!
UN ESCLAVO. ¿Manzanilla u Oporto?
LICINIO. ¡Oporto, memo!

¿Qué quieres? ¿Que te pida Manzanilla para que me la des «Rómulo y Remo»? ¡Anda a tomarle el pelo a Pancho Villa! ¡Y vete de delante!
¡Nos ha sintonizado el escanciantel...

(Rumores y gestos de desagrado entre los invitados por la actitud chulesca de Lucinio.)

PETRONIO. ¿Qué harán los Dioses lares que no cortan la vida de ese bruto y en las tierras polares dejan morir las gentes a millares, víctimas del morlífero escorbuto?
PISÓN. ¡Qué justa observación!
PETRONIO. Tantas gracias, Pisón.
SENECCIÓN. Ya los Dioses, sean lares o penales, nos van abandonando, caro Cayo, y ha de matarnos de Nerón el rayo...

PETRONIO. Bueno, pues liaremos los petates y con gesto risueño y placentero, nos iremos a ver al can Cerbero...
SENECCIÓN. (Ansioso).—¿No te importa morir? ¡Eres [brutal!]

PETRONIO. (Alzándose de hombros).—Hasta el postrer [momento]

usaré el jabón Gal y, estando perfumado, me da igual diñarla aquí, en Villalba o en Sorrento... (Entusiasmada).—¡Qué fino! ¡Qué elegante!

EUNICE. Solo existe una cosa que me espante y es dejar este mundo desdichado en un día que esté mal afeitado...
PETRONIO. ¿No temes a Nerón?

PISÓN.

TRAGEDIA HISTÓRICA EL SUICIDIO DE PETRONIO

PETRONIO. No. Por mi abuelo.
Si hay que morir por fuerza en corto plazo, ¿qué más me da morir de un estacazo que de una inflamación del cerebelo?

(Rumores admirativos y exclamaciones de «¡vaya un tío! ¡eso es hablar! ¡para que os vayais dando cuenta!», etc., etc.)

(Un centurión con cara de aparato de galena entra súbitamente, produciendo la natural alarma)

UN CENTURIÓN. ¿Cayo Petronio?

PETRONIO. Menda soy.

UN CENTURIÓN. ¿Es guasa?

PETRONIO. Lo de menda es latín.

UN CENTURIÓN. ¡Ah, ya!

PETRONIO. ¿Qué pasa?

UN CENTURIÓN. Una orden de Nerón. Empápate. (Le da la orden).

PETRONIO. Apropícuamela. ¿Qué esperas?

UN CENTURIÓN. Nada.

PETRONIO. Pues aquella es la puerta. Lárgate, y a ver si rompes algo con la espada...

(El centurión hace un mutis precioso).

PISÓN. ¿Qué será?

MARCELO. ¿Qué será?

PETRONIO. (Después de leer).—Quiere la suerte que el César me haya condenado a muerte.

SEXTO. ¡Retermas!

EUNICE. ¡Cayo!!

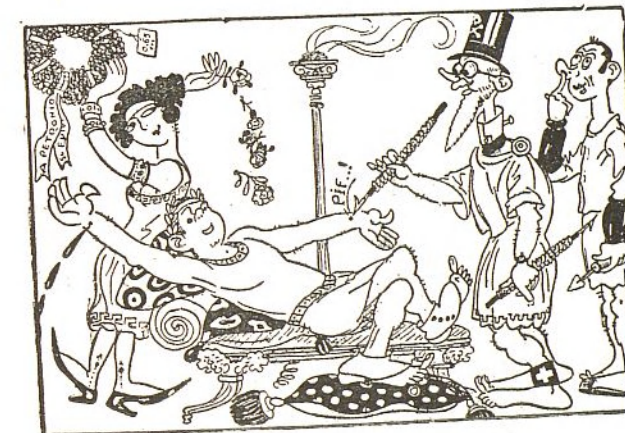
VATÍNIO. ¡La caraba!

PETRONIO. ¡Basta!

Todos sabéis muy bien cómo las gasta y en lo que a mí respecta — me parece este fin de perlas Kepta. La cosa me cautiva y tenía del hecho tal certeza que le he escrito a Nerón una misiva que le va a hacer puré. Ved como empieza... (Leyendo en voz alta y con un acento ligeramente circunflejo):

«Mi querido Nerón; Eres más tonto que bailar la furlana con patines. Porque saber que moriré muy pronto me sienta, ¡oh, cantor del Helesponto!, mejor que unos botines. ¿Te figuras, bolonio, que le importa morir al gran Petronio? ¡Pues no le importa! ¡Moriré tranquilo tranquilo cual la fronda, cual las aguas del Nilo, cual radioescucha que encontró la onda porque no perdió el hilo! Y te juro por Ceres que no me has producido una rabieta, porque me marchó. ¡oh, César!, del planeta harto de vino, versos y mujeres... ¡Y sin tener que oír cantar a Flea, que es el colmo de todos los placeres! Me muero muy a gusto, así es divino, que si has querido darme un gran disgusto

has hecho el peregrino... Y ahora permítele a este amigo viejo que te de un prudentísimo consejo: conserva la salud, mata, asesina, cual hiciste a Lucano y a Agripina; roba envenena, incendia, haz mil burradas como las que ya llevas realizadas, pero no vuelvas en futuros días a escribir poesías, porque como poeta, eres peor que el Chato de Cuqueta!



Sean estos renglones testimonio del afecto sincero de Petronio».

(Barullo extraordinario. Los asistentes, aterrados, hablan todos a un tiempo y nadie se entiende. Unos huyen, otros gritan, otros se esconden. Cisco de orujo.)

AQUILIO. ¿Qué has hecho, desdichado?

LUCINIO. ¡Tu situación, Petronio, has agravado!

PETRONIO. Agravado... ¿por qué?

Ven aquí, Agamenón, acércate. (Se acerca Agamenón, que es un médico griego que parece el esqueleto de un autobús.)

Pínchame en una vena y así que hayas pinchado, sal de escena.

(El médico le pincha como si fuera un neumático. Petronio se tumba a la larga y todos le rodean.)

EUNICE. (Abrazándole).—¡Cayo, siempre te he amado!

PETRONIO. Yo nunca lo he dudado.

EUNICE. (Al médico).—¡Pínchame a mí también!

PETRONIO. Dime qué intentas.

EUNICE. ¡Quiero morir contigo, oh, alma mía!

PETRONIO. Yo me voy más deprisa que un tranvía de la línea de Ventas...

¡Adiós, amigos! ¡Viva la elegancia! (La muerte se acerca rápidamente)

Ya siento de la muerte la fragancia... (Moribunda también).—Déjame que te bese.

Bueno, besa.

¡Adiós, Petronio, adiós!

EUNICE. ¡Adiós, Eunice!

PETRONIO. (Aparte, contemplando el cuadro.)

—Si en vez de hacerlo aquí, lo hacen en Price, ¡vaya negocio que es para la Empresa!

TELÓN

Dibujos RAMA SAMA.—Roma.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



EL FIN DEL TIEMPO

Fué un día 31 de diciembre cuando me ocurrió esto que voy a referir... ¡Hecho inaudito!... ¡Terrible situación!... ¡Caso estupendo! Eran las once y media de la noche: todo estaba en silencio turbado solamente por la lluvia que más era agua-fuerte que agua-cero.

Arrellanado yo de una butaca en el mullido asiento, la cabeza apoyada en el respaldo, las manos sobre el vientre en blando gesto, y teniendo en los labios un magnífico puro de treinta céntimos, el reloj de pared miraba absorto con singular empeño mientras tarareaba *sotto voce* la mazurca de «Encarna, la misterio» como si con la voz y con la esfera quisiera disipar mi aburrimiento..

De tal suerte me hallaba muy gustoso cuando, rudos y enérgicos, tres golpes asustados en la puerta dar un salto me hicieron dejándome la carne congelada; me chocó en gran manera, lo confieso, que a pesar de llover copiosamente los golpes fueran secos, pero acudí, no obstante, a ver quién era el que llamaba con aquel imperio.

Abrí la puerta... y mucho más los ojos; ¿sabéis quién era el visitante?... ¡El Tiempo! El Tiempo, sí; sin que él me lo dijera pude reconocerlo por su túnica ya bastante ajada, su guadaña y sus barbas, al momento.

La entrada franqueó rápidamente pegando en ella un sello, lanzó un hondo suspiro, colocó la guadaña en el perchero, y vi cómo a su paso convertíanse las losas que pisaba, en pasa tiempos. Lo que no percibí fué olor a azufre como temí, creyendo a juzgar por la noche tan revuelta que era un tiempo infernal, no un tiempo bueno.

Su blanco pelo estaba tan lustroso cual si le hubiera dado pulimento; mas pronto comprendí que eso del *lustre* sólo era de *los lustros* el efecto.

Asiento le ofrecí. —Gracias, —repuso— detenerme no puedo.

Y empezó a pasearse por la estancia al compás del reloj, con aire inquieto.

—¿Qué te ocurre?— alarmado por su inquietud le dije.

—Llegué huyendo: van a matarme un hijo...

—¡Resaturno!

—Y otro me va a nacer...

—¡Del mal, el menos!

—Dentro de tres minutos, fatalmente se habrán de consumir ambos sucesos...

—Y antes de consumarse, ¿no podrías calmar a los feroces consumidores?

—Es inútil; por ley inexorable, todos los años vengo sometido a esta misma dura prueba tal día como hoy.

—¡Ah! Ya comprendo: son el año que muere y el que nace esos hijos.

—Exacto; ¡no hay remedio! También quieren matarme a mí...

—¡Resíglos!

¡Toma un taxi y escapa!

—Para eso tomaría mi coche.

—¿Tienes auto?

¡Así pasas a veces tan ligero!...

—Pero el motor no es solamente mío sino de otros tres más: «de cuatro tiempos».

—Pues guía todos juntos.

—No es posible; las turbas dieron muerte a un compañero y en la palanca de velocidades gravita, inerte, el cuerpo.

—Quitadlo y escapad...

—¿No consideras que está en el «punto muerto»?

¡Ay! ¡Sólo falta ya medio minuto para el plazo fatal!... (Y los cabellos se mesaba tan fuerte, que al *mesarlos* le iba saliendo un *mes* de cada pelo).

—Toma algo; tranquilízate.

—Mira; voy a tomar...

—¿Un cocimiento de tila, o bien un poco de bromuro? Esto aplaca los nervios.

—No, no; voy a tomar únicamente una resolución... —y dicho y hecho; descolgando el reloj, cogió la cuerda, se la arrolló al pescuezo con el firme propósito de ahorcarse; la *pendola* en sus manos tomó luego, escribiendo cual hábil *pendolista* el consabido texto «que no se culpe a nadie de mi muerte», y —¡zás!— se suspendió del minuterio dejándome, de paso, también a mí suspenso...

Todo al punto borróse ante mis ojos; no sé si fué verdad, delirio, o sueño; y al contar en qué forma tan extraña entré en el año nuevo, encarecidamente les suplico me guarden el secreto no sea que algún mal intencionado vaya después diciendo que, entre ustedes y yo, tranquilamente hemos matado el tiempo.

MIGUEL A. CALVO ROSELLÓ

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Ceferino Pérez R, Avenida Brasil, 58.



Dib TONO.—Madrid.

—¿Que necesitas otro sombrero? ¿Pero es que has perdido la cabeza?
—¿Si la hubiera perdido para qué iba a necesitar el sombrero?

NOS VAMOS A VER NEGROS

«Montecristo», el as de los salones y compañero mío también de salón... de redacción, nos dió la primera noticia en una de sus brillantes crónicas parisienses de *El Imparcial*.

El baile de moda va a ser este año el «charleston». De la América del Norte, su patria nativa, se ha propagado con la rapidez y la extensión de una

epidemia a la «ville lumière», bastante mal alumbrada, por cierto, y está haciendo furor, horror y terror.

No tardaremos, seguramente, en verle por aquí entronizado y conquistando desde la princesa altiva a la que pesca en ruín «danzig», bombilla o merendero.

El «charleston» es —y cómo no, mi

amigo— una nueva, vamos al decir, danza de negros. Siguen dándose negros en la ruleta de Terpsícore, que es la única que les queda a los aficionados. Encarnado y color pierden. Vaya una racha.

En una zarzuelita antigua que, si no recuerdo mal, se titula «Entre mi mujer y el negro», decían:

—Un negro en la cocina es una porquería.

Hoy ha pasado el negro a los salones y esto ya es otra cosa. Entre una dama elegante y un negro etiquetado y charolado no puede haber dilema. ¿Ella? ¿El? Los dos. Todo se armoniza, mediante el *jazz*, menos el *jazz*, aunque se llame «charleston».

Parece ser, y ahí está la novedad y el mérito, que este último grito de la danza negra, consiste en que es más gritada todavía o, como si dijéramos, más ennegrecida que las precedentes. Si después de ella, se tocara un simple tambor, pudiéramos exclamar con Rossini, harto de los trompetazos de la ópera sabia:

—Gracias a Dios que oímos una melodía.

El «charleston» —dice mi colega el cronista, que lo ha visto y gozado en París— comienza por algunos individuos, a veces hasta príncipes de la sangre (*sic*) que lo inician más osados o con más copas de vino en el cuerpo (*chic*).

Luego se generaliza, se desborda, todo quisque se lanza y entre barridos instrumentales y vocales, se forma la rueda enéptica que pone fin a la charlestonada.

En las casas aristocráticas del «faubourg» han solicitado al profesor del «charleston» y nuestros no menos aristocráticos palacios y «palaces» helados y calientes seguirán el ejemplo, que irá cundiendo y tendremos «charleston diner» hasta en el cocido, «Garbancy Charleston».

Decididamente, nuestro porvenir es obscuro. Una especie de reconquista está en marcha y el continente negro se nos traga.

Al señor Insúa, que ha escrito la novela del negro que tenía el alma blanca, se le brinda una magnífica ocasión de contraponer con otra el tema del blanco o los blancos que tienen el alma negra.

Por la música, aunque no precisamente orférica, y sus consecuencias, los negros amansan y domeñan a los blancos. Por nosotros, ¡ande el movimiento!

La moda es lo primero. Y estamos dispuestos, si es necesario, hasta a tenernos.

José DE LASERNA.



Dib. ALFONSO.—Madrid.

—¡A ver si me da un juguete más fuerte; pues el Pinocho lo rompió en seguridad!

—Llévese entonces este guardia: es de seguridad.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

UN PARTIDO AMISTOSO

C U E N T O D E A M O R

La señorita Carmen Moncloa acababa de sufrir un pinchazo y por eso yacía en el borde de la calle de Leganitos, apoyada indolentemente sobre su rueda averiada, mientras que de su interior salía una colección de individuos que se desgranaban por la calle.

Dos hombres se acercaron a ella y la observaron por debajo con la mayor desvergüenza; después el número de curiosos fué engrosando y la señorita Carmen Moncloa fué el objeto de la curiosidad pública.

Los dos audaces del principio co-

menzaron a cosquillearla sin la menor consideración y sin importarles un bledo la gente que la observaba, lo cual hizo crecer el azoramiento de Carmen Moncloa.

Toda colorada, del capot al piloto, veía pasar a sus compañeras que, al verla en esa situación, se limitaban a guiñarle un faro y seguían preparando sin duda chismes que contar por la noche en las reuniones de la cochera.

—¡Hemos visto a Carmen Moncloa rodeada de gente en la calle de Leganitos, estaba dando el espectáculo!...

En realidad, sólo le importaban estos líos de las envidiosas, por el efecto que pudieran hacer en el espíritu del señor Especial, pues hora es ya que lo digamos todo: Carmen Moncloa estaba perdidamente enamorada del señor Especial.

Había de qué. Por de pronto Especial era de último modelo, sus faros relucían más que los de cualquier otro coche, sus ballestas le daban una flexibilidad de movimientos que hacía que atravesase las calles peor empedradas con una gracia en el paso rodado, que paría corazones. Además, aunque joven, se había hecho una sólida reputación, pasaban de treinta los atropellos que había realizado, entre los que se podía contar como más hermoso el de un colegio enterco de niños, sobre los cuales había pasado desde el primero hasta el sexto año de bachillerato.

Esto le había valido venir retratado en todos los periódicos y revistas de la ciudad y que largos artículos se hubiesen escrito ocupándose de él. Se comprenderá, pues, cómo con estas circunstancias era natural las pasiones que había despertado en los tiernos cilindros de sus compañeras de cochera.

Lista Rosales, Atocha Callao y Sol Guindalera, bebían los vientos por él. Y se lo demostraban lo mejor que podían a la gran desesperación de Carmen, que como era una muchacha honesta se limitaba a lanzarla miradas de lejos y a enrojecer en su presencia. Mientras que las otras... las otras pasaban y repasaban a su lado y le rozaban con sus aletas y más cosas...

Carmen Moncloa era lo que se llama una señorita, modosita, discreta, tratando siempre de pasar desapercibida y por eso su desesperación de verse rodeada de gente y expuesta a que pasase Especial y sorprendiese a esos hombres hurgándola en los bajos...

Y de repente se oyó por la plaza de España la voz de Especial, una voz alegre, cascabelera, que denunciaba su juventud y buen humor. Y Carmen lo vió venir hacia ella haciendo eses, llegaba de la Bombilla y se conoce que había habido juerga.

No empleemos paliativos, Especial venía armando un escándalo, la bocina, la segunda puesta y el cárter colgando. Corría de un lado a otro de la calle persiguiendo a los transeúntes.

Al pasar junto a Carmen le dió una palmada con una aleta y se alejó alegremente detrás de una vieja que corría calle arriba.

La muchacha se quedó helada, se le paralizó la magneto. Aquella presentación del amado y aquella palmada con fianzada le habían producido muy mal



Dib. GARRÁN. —Madrid.

—¡Por Dios, Juan, no te ahogues! ¡Quiz no tengo un mal traje negro que ponerme!

efecto. ¿Por quién le habría tomado? Pero poco a poco el malestar moral fué esfumándose y hasta llegó a sentir un cierto bienestar al recordar la palmada. Mujeres... mujeres... que dicen los cronistas cuando no saben qué decir.

El caso es que poco a poco fué disculpando a Especial de su estado de embriaguez. La Bombilla, el carburador, los amigos..., qué sé yo.

Mientras tanto el neumático había sido reparado, pero los hombres, al intentar poner en marcha, no habían conseguido su objeto; la magneto se negaba a dar la chispa, para lo que es requerida, y Carmen vióse condenada a la inmovilidad.

Y el caso es que la espectación no cesaba, los peatones iban relevándose

y siempre había un grupo nutrido observando estúpidamente la inmovilidad de la señorita Moncloa. Claro que su curiosidad era la misma que hubieran sentido ante un árbol que hubiera echado a andar.

Aquella situación duró varias horas, durante las cuales la desdichada fué imaginándose el resto de la jornada de su amado Especial.

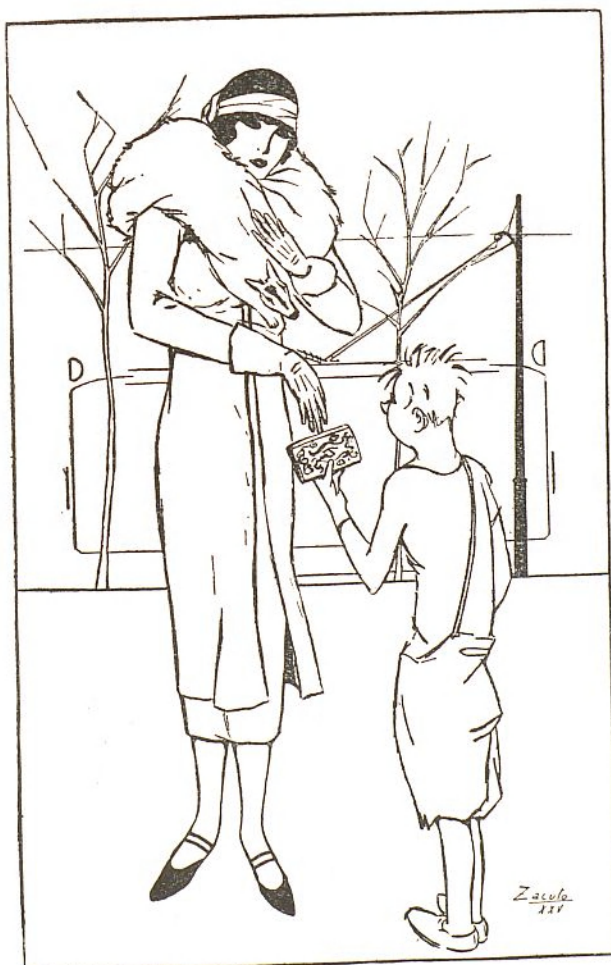
Se lo figuraba zigzagueante por las calles, expuesto a cualquier atropello, o a ser detenido por la autoridad. Y las suposiciones no terminaban ahí sino que lo veía rodando junto a Lista Rosales por los boulevares, o también conduciendo a una colección de niñas de las colonias escolares..

Los celos le mordían las bujías, cuando de repente oyó una voz cono-

cida a su espalda. No, no se equivocaba, era el señor Especial que llegaba; se detenía junto a ella y le echaba una cuerda con un elegante gesto de galantería. Carmen Moncloa no cabía en sí de gozo, era él, él, ya sano y bueno que venía a buscarla; la palmada había producido también su efecto en el jueguista, en el delicioso jueguista.

Así entraron en la cochera ante la mirada atónita y desesperada de Lista Rosales, Sol Guindalera y Atocha Callao, y desde entonces comenzó el idilio que al cabo de unos meses había de dar como tierno fruto de amor un pequeño Citroën...

EDGAR NEVILLE



Dib. ZACUTO.—Valladolid.

—Señorita, tome usted el bolso que se le acaba de caer...

—Un millón de gracias...

—¡Un millón! ¡Con una peseta y sin gracias tengo bastante!



Dib. PACHÍN.—Gijón.

—Pero, chico. ¿no te has muerto?

—No, pero créete que me he salvado de milagro...

—¿Y eso?

—Tuve la suerte de que cayera enfermo mi médico...

LA GRACIA DE LOS OTROS

CHISTES DE TODO EL MUNDO

En la ópera.

—Señoritas, tienen ustedes la bondad de hablar un poco más fuerte, porque la música hace tal ruido que no me deja oír la mitad de lo que ustedes dicen.

Our Bumb Animals.

El amigo (al novelista).—¿Qué te ha costado este hotelito?

El Novelista.—Tres novelas, dos historietas cortas y cinco chistes.

Dorfbarbier. Berlín.

Estaba yo tocando el piano cuando mi abuelo que es muy sordo dió un grito de horror.

—¿Es que recobró el oído?

Fliegende Blaetter. Munich.

—Deme usted un ejemplo de coincidencia.

—Mi padre y mi madre que se casaron el mismo día.

Kasper, Stockolm.

—«Ayer Max y yo nos encontramos una cartera con cien marcos.»

—¿Supongo que cumpliréis con vuestro deber?

—Sí, nos los repartimos a medias.

Munich. Meggendorfer Blaetter.

El admirador del artista.—Su cuadro «La fiera del dragón», es una obra maestra.

El artista.—¿Dónde ha visto usted ese cuadro?

El admirador.—En la habitación de al lado.

El artista.—¡Sí, ese es el retrato de mi suegra!

Magels Lustige Welt. Berlín



(De London Opinion.—Londres.)

—Mira, Jorge, ésta es la esquina en que me esperabas para verme.

—Es verdad: mira aquel idiota que está haciendo lo mismo.

El Juez.—Ahora cuente como hizo el robo.

El ladrón.—No puedo, señor Juez, es un secreto profesional.

Vikingen. Oslo.

—«Se le acusa de haber arrojado a su suegra por la ventana.»

—«Lo hice en un momento de abstracción.»

—«Bueno, tenga cuidado con esas abstracciones, porque pudiera ocurrir que pasase alguien por debajo.»

Journal Amusant. París.

Profesor.—Mozo, hace media hora que le he pedido un beefsteak, ¿es que se ha olvidado usted de traerlo? o es que yo me he olvidado de que lo he pedido?

Bosfbarbier. Berlín.

El.—Este periódico dice que una americana se ha divorciado porque su marido se sienta sobre su sombrero nuevo.

Ella (dulcemente).—¡Yo no podría hacer eso!

El.—¿No?

Ella.—No, porque no tengo un sombrero nuevo.

Illustrated Leicester Chronicle.

Un marido telefoneaba a su mujer diciendo que no podía ir a comer a casa, por el mucho trabajo que tenía.

—Pobrecito, — le contestó la mujer — pero lo que no comprendo es como puedes trabajar con ese jazzband que está tocando en tu oficina.

Liverpool Evening Express.





EL HABIL SUGESTIONADOR

por CAMI

Acto primero

Plaza pública, en el centro de la cual, se halla el hábil y marsellés sugestionador.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Voy a tener el gusto, señores, de efectuar delante de tan selecta concurrencia varios ejercicios de sugestión.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—Muy bien. Observemos a este hábil y marsellés sugestionador.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Empezaré por un juego muy curioso que consiste en hacer creer al espectador que su reloj marca una hora distinta de la que realmente es. Ruego a los espectadores que saquen sus relojes.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—No tenemos reloj.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Entonces sacaré el mío. *(El hábil y marsellés sugestionador busca el reloj en sus bolsillos y no lo encuentra.)* Señores: tampoco yo tengo aquí mi reloj; ahora recuerdo que no lo he tenido nunca. Siempre he mirado la hora en el reloj de la torre del Asilo de Jóvenes Variolosos de Méchant-Sur-seine.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—Lo que ha dicho el hábil y marsellés sugestionador, tiene gracia. Riámonos espontáneamente.

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 1.º—¡Ja, ja!

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 2.º—¡Ja, ja, ja!

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 3.º—¡Ja, ja, ja!

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—No riamos más. Ya estamos cansados.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Aprovecharé el silencio para continuar los ejercicios de sugestión que vengo ejecutando con tanto éxito. Ruego a la concurrencia que permita acercarse a un espectador para que me sirva de sujeto.

EL ESPECTADOR DECIDIDO.—Yo. *(Se*

acerca al hábil y marsellés sugestionador y se quita la chaqueta para ser sugestionado más fácilmente.)

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Míreme a los ojos. La fuerza de sugestión de todos los hábiles sugestionadores reside en los ojos. ¡Míreme!

EL ESPECTADOR DECIDIDO.—Señores, en este momento, miro al hábil sugestionador. *(Le mira fijamente.)*

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Observen cómo el espectador decidido va cambiando de color. Pueden fijarse en el gesto de asombro que se pinta en su rostro.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—Efectivamente. Todos vemos su gesto de asombro. *(El espectador decidido retrocede asombrado, tropieza en una piedra y cae al suelo.)*

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—He aquí mi obra. El espectador decidido acaba de dormirse y para hacerlo más cómodamente, se ha tumbado.

EL ESPECTADOR DECIDIDO.—¡Diablos! No estoy dormido.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—¿Usted qué sabe? En su rostro se ha pintado antes un gesto de asombro producido por mis excepcionales condiciones de sugestionador.

EL ESPECTADOR DECIDIDO *(al público)*.—El hábil sugestionador se equivoca. Lo que me ha producido asombro es el ver que él es tuerto.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—¡El sugestionador es tuerto! Podemos estallar en grandes risas.

(Todos estallan en grandes risas.)

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—No hay razón para eso. Es verdad que soy tuerto; Pero me queda el ojo izquierdo, con el cual he sugestionado en Berlín y en Escocia.

Acto segundo

La misma plaza pública.

(El hábil y marsellés sugestionador intenta sugestionar a diecisiete

espectadores decididos, pero no lo consigue.)

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Muy mall! ¡Qué facha de sugestionador!

EL ESPECTADOR AFICIONADO A LAS FINANZAS.—¡Que nos devuelvan el dinero!

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONADOS POR EL ESPECTADOR AFICIONADO A LAS FINANZAS.—¡Sí, sí! ¡Que nos devuelvan el dinero! ¡Que nos lo devuelvan!

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Eso no les conviene a ustedes. Tengan en cuenta que han pagado su billete de un franco cincuenta hace justamente una hora. En este tiempo el franco ha bajado de valor y yo no podía devolverles más que treinta céntimos de franco. Todo el mundo se reiría de ustedes por haber hecho un mal negocio.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES.—Es verdad. Es una triste verdad.

(Hacen mutis.)

Acto tercero

La misma plaza.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Me extraña. ¿Cómo no habré sido capaz de sugestionar a ningún espectador decidido? Porque soy tuerto, pero el ojo que me queda tiene un gran poder de sugestión.

EL CARNICEPO ROUX, GRAN AMIGO DEL HÁBIL SUGESTIONADOR.—Ten en cuenta que ayer por la tarde perdiste tu único ojo en un accidente de automóvil y ahora llevas los dos de cristal.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR.—Es cierto. Gracias, amigo Roux. Estás en todo.

TELÓN.

M. Z. A.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

A. de las B. Madrid.—A usted, ilustre amigo, no se le ha contestado en la sección ésta por considerarle ya como íntimo de la casa. Claro que a veces ocurre que los trabajos que envían los íntimos no nos complacen del todo y entonces no se publican, como le sucederá al suyo *Absurdos*, que está pasado de oportunidad; pero esto no es óbice

Si quieres estar hermosa, no gastes en una alhaja ni te compres otra cosa, que en *Casa Presa* una faja. Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

para que usted envíe lo que le dé la gana, en la confianza de que la mayoría de sus cosas son encantadoras y graciosillas y serán recibidas como merecen.

El chico de la Moncloa.—El procedimiento es de una vetustez que quita la caspa y lo poco que hay a veces debajo de ella, que se designa irreflexivamente con el nombre de cabeza.

**SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO**
os asombrará en breve plazo

HOMBRES MODERNOS: DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO

Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

Trubia. R'gafa.—Sigue usted tan pelmazo como la otra vez que contestamos a sus atufantes camelancias. ¿Es que se ha propuesto

AMADOR
— FOTOGRAFO —
PUERTA DEL SOL. 13

usted matarnos de tedio y de cansancio? ¡Dígalos de una vez o venga a Madrid y péguenos varios tiros, que le juramos a usted por nuestra ánima que lo preferimos!...

Pedro S. Pérez. Madrid.—Son muchos versos, muchas atrocidades y muchas faltas de ortografía para un hombre tan débil como yo. ¡Me ha dejado usted hecho cisco, amigo!

Si un ciento te da un mal rato, compra de Orive el Licor... Es el calmante más grato, y solo el ver lo barato que cuesta, alivia el dolor.

Lhaisul. Madrid.—Queda aceptado su trabajo para publicarse cuando se pueda, aunque le juramos a

usted que será mucho antes de la inauguración del tercer trozo de la Gran Vía.

Bertu. Barcelona.

La farsa de *Paco Pi* es muy poco original; y, por lo menos a mí, me huele mal el final.

A. Egiali. Valencia.—El asunto no está malejamente pensado, pero la forma lo echa todo a perder. Y es que cuenta usted una cosa graciosa con una seriedad senato-

Lápiz. Madrid.—No nos ha hecho maldita de Dios la gracia esa sesión plenaria del Ayuntamiento de Valdebotos. ¿Será que no la tiene? ¡Nos

¿Le gusta oler bien?
Compre sus perfumes en
"Lillo".—Fuencarral, 62
A la presentación anuncio, 5% de descuento

estamos temiendo que es eso precisamente!

Cateto. Valencia.—Querido conde: se publicará, en cuanto se pueda (¡hay que advertir que aquí tenemos una barbaridad de compromisos!) su cuento taurómico, últimamente recibido.

¡¡¡PARA BODAS!!!
SEGURA
FOTOGRAFO
4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

rial que encienda el pelo. ¡Anímese hombre, anímese, que el chiste es la miel hiblea de la existencial!...

R. M. G. Madrid.—Se vé que no es usted un orate, ni un neurasténico siquiera; pero, de todos modos, su conferencia se quedará en la obscuridad porque se parece demasiado a otros casos que ya han visto la radiante luz solar en nuestras columnas.

CUPÓN
correspondiente al núm. 216 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un departamento del tren van dos recién casados.

El.—Dime, vida, ¿vas ahí bien?

Ella.—Sí, muy bien.

El.—¿Está bien resguardado ese sitio?

Ella.—Mucho, sí.

El.—¿No corre viento? ¿Estás bien cómoda?

Ella.—Sí, hombre, perfectamente.

El.—Pues mira, encanto, haz el favor de dejarme ahí, porque aquí estoy muy incómodo y me estoy helando vivo.

K. Bezas.—Málaga.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

En un entierro dirigiéndose a un grupo de gente exclama un amigo del finado: ¡hay cosas que parecen mentir! ¡tan calvo como era el muerto y morir de una bronquitis capilar.

L. Romance.—Valencia.

Parlería.

Háblase de tipos raros. Se ha descrito ese hombre, estilo M. Brial, noblote pero descuidado. Y otros análogos, por su extravagancia y dispares, por su modalidad. Y después, uno que ha permanecido callado en la tertulia, dice:

—¡Pues, y de nombres raros! Yo he conocido varios a quienes nunca he podido felicitar, por no saber la fecha de su santo. ¿Cómo creen ustedes que se llama uno que celebraba su santo el día de la Purísima?

—¡...!

—¡Concho!

Lur Isla.—Madrid.

“BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Leas” Alberto Aguilera, 29
Teléf. 11-59 J. —

—¿En qué línea pierde más dinero la Compañía de Autobuses?

—En la D. A. porque ponen un coche para *Dos Amigos*.

Carlos de León.—Madrid.

El Comisario.—¿Se empeña usted en negar que ha tenido participación en el robo?

El acusado.—Yo *participación* ninguna. Siempre llevo un billete entero.

Sebastián Bris.

TAPAS Para la encuadernación de “BUEN HUMOR”

Se venden en nuestra Administración, Plaza del Angel, núm. 5.

—Delante de quién no se puede cometer un crimen?

—Delante de una sardina, porque la sardina generalmente *de-lata*.

F. R. J. L.—Tetuán.

El señor Nicomedes y su amigo Cayo Vela, entran en una taberna a

beber un vaso de vino; al comenzar a beberlo, ve el señor Nicomedes, que a su amigo le sale líquido de las narices cayendo dentro del vaso, y dirigiéndose a él, le dice:

—Cayo, vela.

—Servidor, ¿qué pasa? contesta el otro.

—Ná; compadre, que te estás bebiendo el apellido.

Q. Ache.—Madrid.

Nos molesta y nos cohibe el que nos mande hacer versos más los hacemos con gusto si son de Jarabe ORIVE.

Un llo fresco encarga a su viajante de una sastrería un traje que inmediatamente le hacen.

Pero a la fecha de pagar el socio devuelve cuantas letras de cambio le mandaba la sastrería. El dueño de ésta, cansado de la morosidad de su parroquiano le escribe una carta que enciende el pelo y que terminaba de la siguiente manera: «Advirtiéndole que de no hacer caso de este último aviso me verá obligado a tomar otras medidas».

A lo que nuestro fresco contestó: «Muy señor mío: En mi poder su atenta fecha 9 y enterado de su con-

tenido paso a manifestarle que es inútil se moleste usted en tomar otras medidas puesto que las que me tomó su viajante aún me sirven».

Fray Rita.—Arriendas (Asturias).



—¿Cuál es el colmo de un músico?

—Marcharse por los pueblos con una «tuna».

—¿Y el de un usurero?

—Prestar atención con interés. Masto.—Madrid.

Diálogo:

—Desengáñate, hombre: los amores de Romeo y Julieta no fueron platónicos.

—¿Como lo niegas, si todo el mundo sabe que Romeo y Julieta se conservaron *puros*?

Aulo Gello.—Oviedo.

—Oye, Celes. ¿Sabes de qué ha muerto el marido de la señá Eufra-sia?.. Pues ná, que el otro día se comió medio kilo de carne congelá y se olvidó de ponerse la bufanda. Angeles Vázquez Martín.

Anuncio chusco:

—«Se vende cochecito para niño plegable».

Carlos Atienza.—Madrid.

Confesión:

El cura.—¿Tiene usted bula?

El feligrés.—(Que es a'go sordo)

No, señor, pero tengo un macho que corre más que el viento.

P. Lanas.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

Aparatos fotográficos
Gramófonos
Objetos para regalo
Jiménez: Preciados, 60



EL CHÓFER.—¡¡Señorito, señorito: aproveche usted el taxi, que lo tengo libre...!!

(De The Humorist, Londres.)

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Píjanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

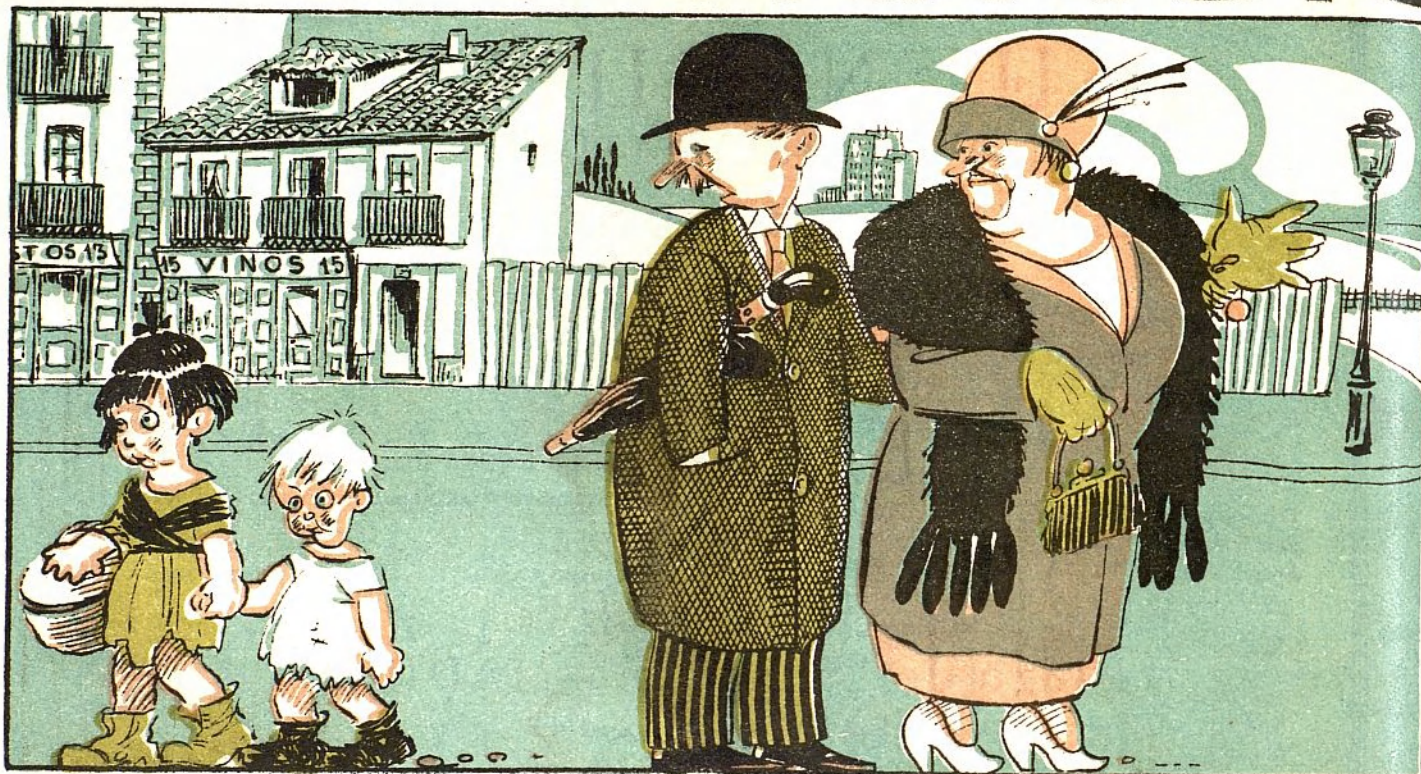
(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

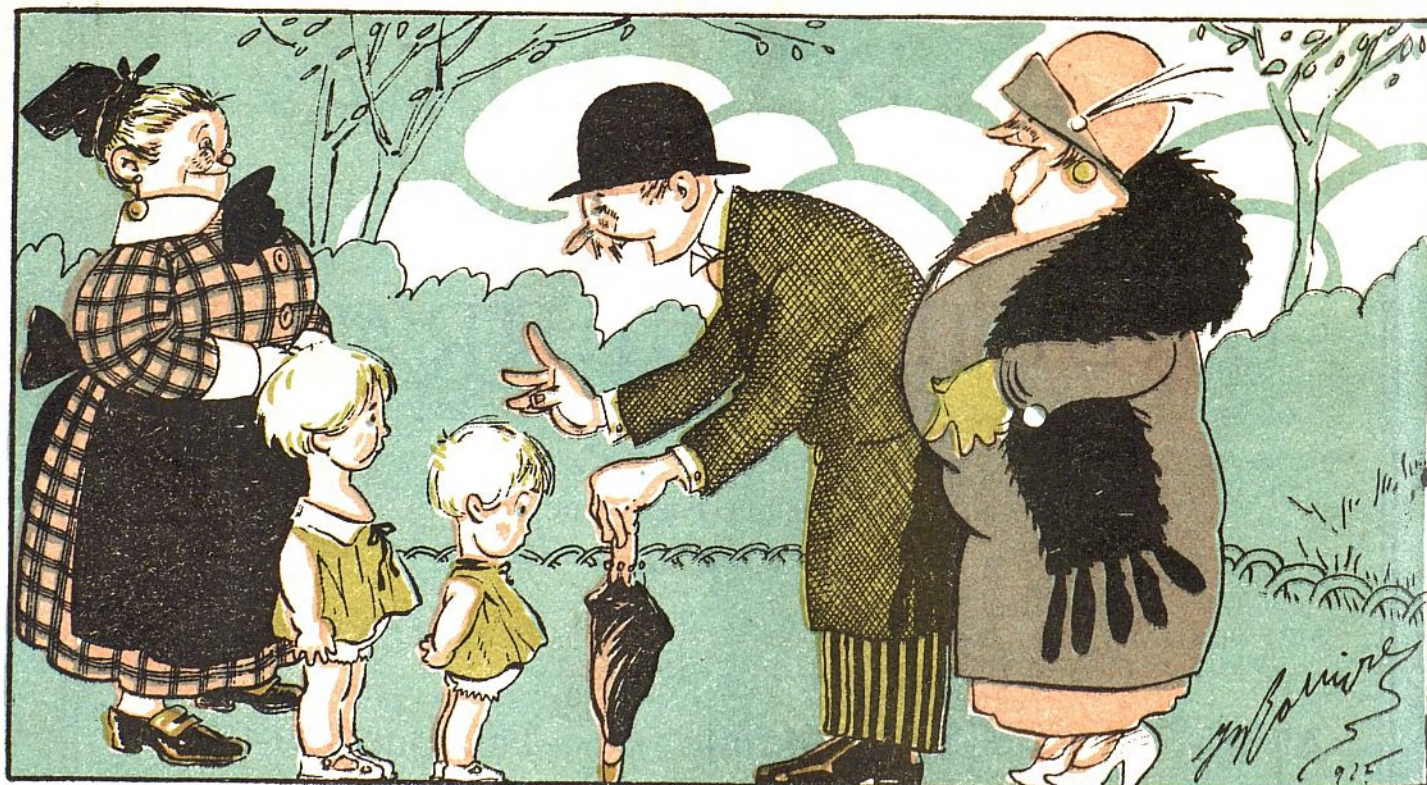
SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



DOÑA PRISCA Y DON RENATO (que tienen buen corazón).— ¡Pobrecitos! ¡Con el frío que hace!



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

DON RENATO Y DOÑA PRISCA (que encuentran a sus nietos en el paseo).— ¡Estais monísimos, con los vestidos del último figurín!

Ayuntamiento de Madrid